

la ofensa que más molestaba a los defensores, quienes se veían obligados a permanecer escondidos durante largo tiempo, y para cuya neutralización solo podían servirse de los morteros pedreros, que permanentemente tenía la plaza cargados y apuntados, no sin gran exposición de los artilleros.

En las inmediaciones de la torre de Santa Bárbara, cerca de la playa, se hallaban los ataques del Río, de la Leña y Tarara, todos para fusilería, cuyo objeto era inutilizar el muelle e impedir las entradas y salidas de los buques, y las descargas de estos cuando el tiempo no permitía el desembarco por Florentina o el Socorro. Se hallaban a la distancia de 65, 170 y 400 metros respectivamente de Santa Bárbara y en un plano inferior. El ataque del Río era el más molesto de los tres, pues los disparos de fusil alcanzaban a una parte de los edificios de la plaza impidiendo la normal vida cotidiana de la población y el uso de terrazas o azoteas.

Todo este sistema de ataques se complementaba con infinidad de cortaduras, caminos cubiertos y cañaverales que formaban una maraña tal que las entradas y salidas de los rifeños en sus posiciones se veían con mucha dificultad desde las murallas de Melilla impidiendo cortarles el acceso con eficacia. Alvear aseguraba que la única señal de que las posiciones rifeñas estaban ocupadas era cuando se recibía algún tiro desde ellas.

Para contener cualquier salida impetuosa de la guarnición de Melilla, tras los ataques mencionados había una serie de trincheras menores, en líneas paralelas, para utilizarlas sucesivamente en caso de retirada.

### Baterías y ataques de artillería

Los ataques de artillería se situaban en la cresta de las colinas próximas aunque, afortunadamente para la plaza, con muy escaso espacio para el servicio de las piezas y aún estando estas mismas generalmente muy deterioradas, utilizándose semienterradas y con espaldones muy gruesos. Esta extraña forma de servirse de las piezas hacía, por un lado, que su eficacia real fuera escasa, pero por otro lado las hacía muy difíciles de desmontar. Según el mencionado Alvear, al rifeño no le importaba afinar el tiro sobre un punto determinado, sino hacer daño, y cualquiera que fuese el lugar de caída del proyectil, siempre hacía algún daño. En ocasiones ni siquiera hacían uso de la cureña, fijando el cañón entre grandes piedras.

Detrás del ataque Seco, en la misma dirección, pero a 580 metros del fuerte de Victoria Grande, se hallaba la batería de la Horca, en el lugar que hoy se llama monte de María Cristina. Capaz de contener hasta tres cañones, en 1846 tenía una sola pieza de a 12, que mantenía a la plaza en actitud recelosa por su situación frente a la iglesia del pueblo y casas inmediatas.

Por encima del ataque de Tarara, en lo alto del cerro de San Lorenzo, se hallaba la batería de San Lorenzo, para un cañón, cuya elevación y proximidad la hacía temible para la plaza.

Algo más al sur, a 722 metros de la torre de Santa Bárbara y 963 de la Marina, se hallaba la batería del Tesorillo, también para un cañón, cuyo objeto era el impedir el acceso y anclaje de los buques.

En el cerro de Santiago tenían otras dos baterías, la de Santiago y la de la Higuera, capaces para cuatro cañones, a 736 y 722 metros de distancia de la torre de Santa Bárbara, que los kabileños utilizaban en raras ocasiones, para evitar atraer hacia aquella parte los fuegos de la plaza, ya que en sus inmediaciones se hallaban el cuartel de Santiago, general de las guardias y la mezquita del mismo nombre. Solamente en casos de utilización general de las piezas hacían uso de las mismas.

Todas estas baterías, cinco con nueve cañones en total, flanqueaban en su totalidad las defensas de la plaza. Solo



Vista de la alcazaba del poblado de Farhana a finales del Siglo XIX

la parte cubierta por la peña donde se asienta la plaza, y los edificios de la misma, se salvaban de este flanqueo, desde la Concepción hasta la Florentina. Como la plaza presentaba, más claramente entonces, un plano inclinado hacia el sur y sudeste, la mayor parte de sus proyectiles incidían en los edificios oficiales y particulares, precisamente lo que, según el teniente Conti, pretendían los artilleros kelais, persuadidos del poco efecto que su tiro tendría sobre murallas y almacenes a prueba.

Cada cabila tenía su propio cañón, lo que suponía un esfuerzo no pequeño para dotarlos de pólvora y muni-



Tipo bereber de finales del Siglo XIX

ción. Si alguna cabila contribuía con pólvora al uso del cañón de otra, tenía igualmente derecho a apuntarlo contra Melilla, lo que suponía no pocas controversias en beneficio de la plaza, pues, según Alvear, a veces se pasaban varias horas apuntándolo. No hay que olvidar que el cañón tenía un componente sagrado para los musulmanes -el cañón-morabo de que hablaba el padre Godard-, que incluía el derecho de asilo para quien se refugiaba entre sus piezas. Sin embargo, y afortunadamente, la dificultad de procurarse un elemento tal hacía que en sus mejores tiempos nunca las kabilas tuvieran más de cinco cañones al mismo tiempo, número que con el tiempo fue reduciéndose hasta que en 1871, cuando la guarnición de Melilla hizo una salida para neutralizar su artillería, ya solamente les quedaba uno y en no muy buen estado. Cuando el francés Vicendon-Doumulin visitaba Melilla en 1855, en crucero de observación de las

costas marroquíes, los fronterizos disponían de cinco piezas, una de ellas de a 24, que el propio Vicendon consideraba muy difíciles de desmontar por estar bien protegidas.

Causaba gran incertidumbre en la plaza cuando la campana de la torre del reloj anunciaba, primero con un toque, que los rifeños se disponían a utilizar un cañón; con dos toques, que el cañón estaba apuntado, momento en todos sus habitantes bajaban a las cuevas que tenían en sus casas, en las que permanecían hasta después de efectuado el disparo, momento que era señalado con tres toques de campana.

En días festivos, sobre todo en las Pascuas, era habitual que las kabilas utilizaran el cañón contra la plaza; en estos días, según el brigadier Santillana, acudían al alborozo gentes de kabilas lejanas, como la de Bocoia, aunque para Alvear, las kabilas fronterizas con Alhucemas y el Peñón eran menos agresivas "por

tener un estado de cultura diferente". Pocos hubiesen asegurado tal cosa 70 años más tarde. También era previsible el uso del cañón cuando tenían abundancia de munición, cosa que, con fortuna para Melilla, se daba en muy raras ocasiones, pues su coste la hacía prohibitiva para gentes con tan escasos recursos.

### Las guardias rifeñas

El brigadier Santillana, en memoria de 1845, afirmaba que, aunque desde 1774 no se había experimentado un sitio formal en Melilla, las hostilidades de los fronterizos no habían cesado nunca, pareciéndole admirable al ingeniero militar la constancia y sacrificios personales que ello suponía para aquellos, no encontrando otra explicación que la "intolerancia religiosa y el odio tradicional; en una palabra, la incivilización y la barbarie."

Melilla se hallaba rodeada de cinco kabilas (o partidos, como se las llamaba a principios del siglo XIX). Benibuifur, Beni Bu Gafar, Beni Sidel, Beni Sicar y Mazuza. De ellas, según Morales, en 1844, Beni Buifur, aportaba 1.500 hombres de armas; Beni Sicar, 2.000; Beni Sidel, 1.800, Beni Bugafar, 1.500 y Mazuza, 2.000; en ayuda de estas kabilas, aunque no perteneciente a la confederación de Guelaya, la kabila de Quebdana aportaba unos 1.000 hombres más, cifras casi coincidentes con las facilitadas por Alvear, que solamente difiere en que Beni Sicar aportaba 2.500 hombres y Mazuza la misma cantidad; en total había entre 10 y 11.000 hombres dispuestos a empuñar un arma en caso de movilización general. En 1870, el capitán Xaudaró estimaba en unos 20.000 infantes y unos 300 caballos los disponibles en la confederación, de los que unos 1.400 formaban el núcleo esencial de las guardias. Sin embargo, en Melilla era bien conocido que gracias a su eficaz sistema de información, en caso necesario toda la fuerza rifeña combatiente se hallaba en el campo en menos de 12 horas.

Al frente de todos ellos estaba el llamado cabo, designado por consenso entre aquellos kabileños destacados por su valor en combate, medios económicos o influencia entre su gente.

Todo este contingente daba cuerpo a una guardia permanente que, alrededor de Melilla, vigilaba cualquier movimiento hecho en la plaza, tanto de hombres como de barcos, para, en caso necesario, impedir un avance y dar tiempo a que el resto de los hombres acudiera al "rebato".

Las guardias, organizadas en el mismo orden de kabila expresado anteriormente, se relevaban cada tres días, con un número de hombres variable en razón al contingente expresado en cada kabila e incluso la estación del año, con el objeto de adecuar los contingentes a las labores del campo. Oscilaban entre 150 y 400.

Por la noche, para evitar sorpresas por parte de la guarnición de Melilla, se aumentaba la vigilancia, tanto en número de efectivos como de puestos, acercándose estos últimos a las murallas, con lo que todo el campo